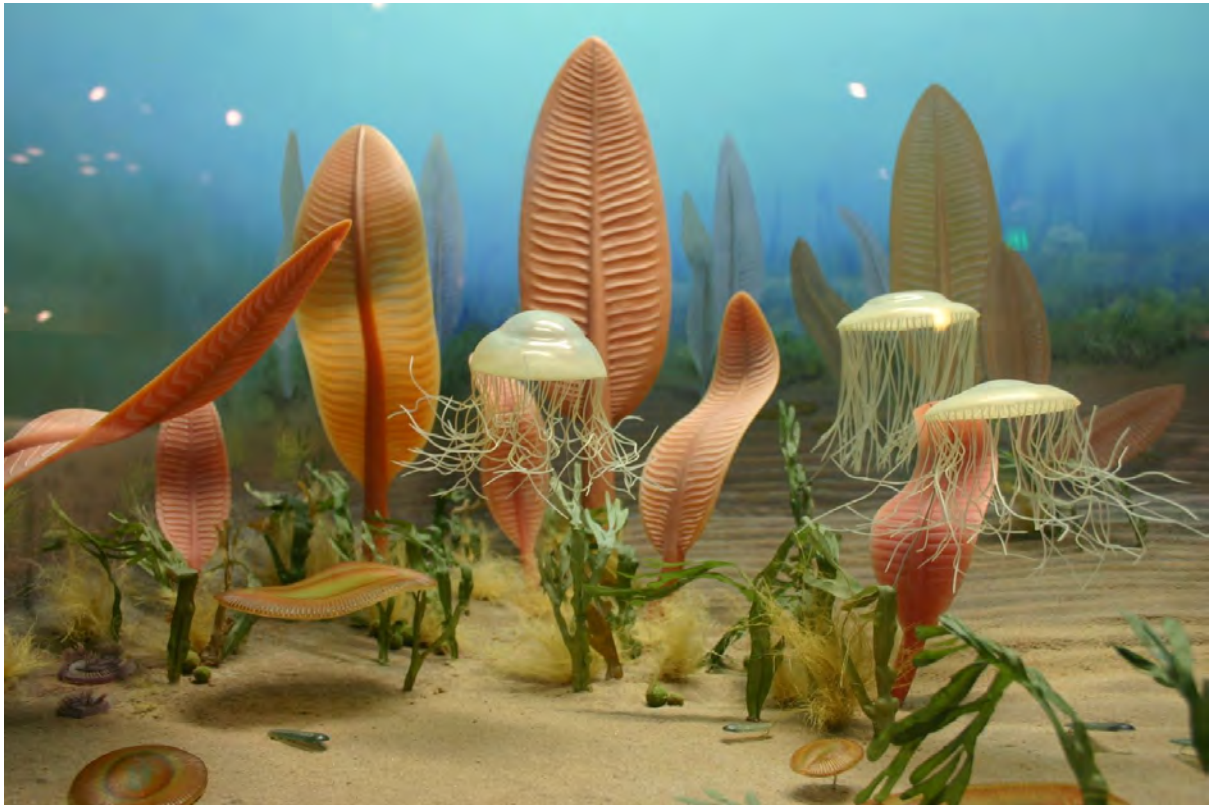




Entre paréntesis

Medio siglo

El dolor de la historia o la persistencia de una metáfora

Contra los agentes del olvido, los que trituran documentos, los asesinos de la memoria, los enmendadores de enciclopedias, los conspiradores del silencio, contra aquellos que pueden, en la maravillosa imagen de Kundera, cubrir de pintura con un atomizador la fotografía de un hombre, de manera que no quede de él más que su sombrero, sólo el historiador, con su austera pasión por el hecho, la prueba, la evidencia, que son centrales para su vocación, puede montar guardia eficazmente.

Yosef Hayim Yerushalmi, *Zajor*

Desde la memoria

La memoria es el paisaje que le da forma al tiempo de nuestras vidas, incluso cuando ello sucede como en los sueños, donde las imágenes que rememoramos son visiones fragmentadas que, por algún valioso significado, la vigilia ha retenido en nuestra conciencia. Así, lo que recordamos no es un mapa detallado del pasado, sino trazos con los que reconstruimos lo sucedido. Pero, entonces, ¿cómo tener la certeza de que lo recordado es, de algún modo, cierto? ¿Cómo saber que no nos estamos aferrando a un mito construido solo porque nos resulta conveniente? ¿Qué lugar ocupa, entonces, la verdad?

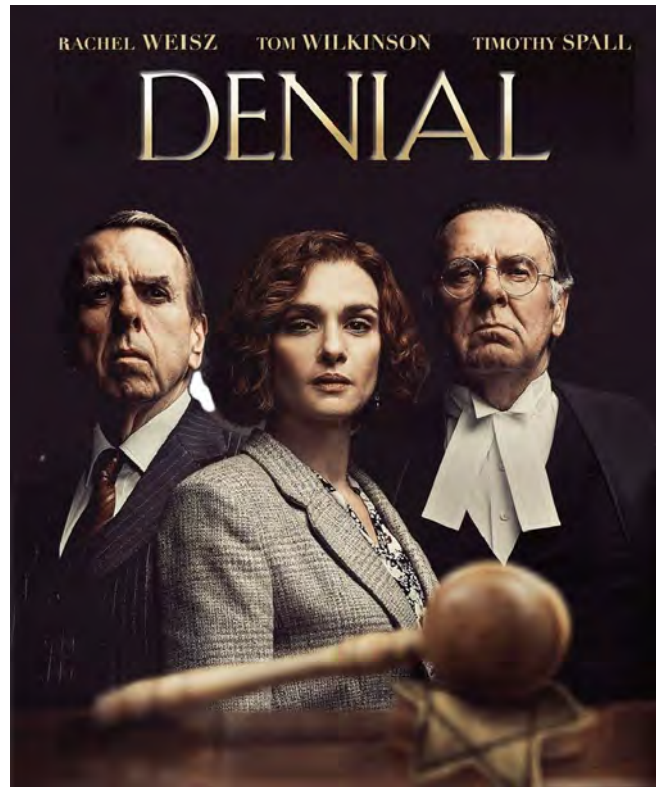
De todas las formas de ejercicio sobre la memoria, aquí nos interesa la historia escrita, porque posee una legitimidad –dada por sus exigentes compromisos epistemológicos– que la define como una forma prestigiosa de comprender el pasado. Su valor heurístico se sostiene, en primer lugar, en el rechazo a cristalizar lo sucedido en un relato inamovible frente a las evidencias y los documentos y, en segundo término, en el esfuerzo por establecer dichas evidencias, analizarlas y ensamblarlas para generar una imagen que, en su legitimidad, identificamos con la verdad de lo ocurrido.

Recordemos que el conocimiento histórico no surge espontáneamente: debe ser construido. Es un trabajo que emerge de las preguntas formuladas por la investigación. En síntesis, la historia no es cualquier relato sobre lo sucedido: posee un estatus de legalidad –por conflictivo que sea– otorgado por el marco intersubjetivo que permiten establecer los documentos y las evidencias.

La idea de que la historia la escriben los vencedores es una simplificación falaz, tanto como lo es suponer que existiría otra historia, más justa, escrita por los vencidos. En este sentido, el caso de David Irving, en su intento por negar la ocurrencia del Holocausto, resulta paradigmático. Puede considerárselo un historiador de los vencidos –en este caso, el régimen nazi–. Frente a las críticas de la historiadora Deborah Lipstadt, quien sostuvo que Irving tergiversó hechos y documentos para sostener su relato, este inició un juicio por difamación en las cortes británicas. La sentencia del juez Charles Gray, favorable a Lipstadt y a Penguin Books, sostuvo como veredicto final:

Entre las acusaciones que he considerado sustancialmente ciertas se incluyen las de que Irving, por sus propias razones ideológicas, ha tergiversado y manipulado de forma persistente y deliberada la evidencia histórica...¹

¹ Irving v. Penguin Books Limited, Deborah E. Lipstadt [2000] EWHC QB 115.



Denial (Mick Jackson, 2016) relata aspectos significativos del juicio por difamación que David Irving inició contra Penguin Books y Deborah Lipstadt ante los tribunales británicos.

Hacia la historia

Con estas consideraciones en mente, abordemos parte de la herencia dejada por la dictadura instaurada el 24 de marzo de 1976. No nos detendremos en aquellos sucesos bien comprendidos, que se sitúan en el marco de certeza y seguridad otorgado por el mandato ético-político del “Nunca más”, sino en cuestiones que han quedado pendientes y relegadas frente a la urgencia de juzgar los graves crímenes cometidos, tales como las desapariciones, las torturas, los secuestros y la suplantación de identidad.

Desde la perspectiva que brinda el paso del tiempo, nos arriesgaremos a transitar un terreno pantanoso para reflexionar sobre ciertas ideas heredadas de esta dictadura totalitaria, que las adoptó, moldeó y dejó como legado, motivo por el cual muchas de ellas aún perviven en nuestro imaginario.

De lo anterior se desprende una primera definición: el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional presentó una diferencia profunda respecto de los regímenes dictatoriales anteriores en nuestro país. El control de los medios de comunicación, la instauración del partido militar como única manifestación de la vida política y la fusión de la vida privada de los ciudadanos con el interés del Estado

–definido por ese único partido– son algunas de las características que le otorgan a la dictadura instaurada en 1976 un sesgo totalitario².

Esta calificación –que podría parecer forzada en función de la ausencia de un líder cuya autoridad fuese indiscutida– se sostiene en las intenciones manifiestas en los propios decretos y actas emitidos por sus máximas autoridades. De ellos se desprende la apropiación total de las instituciones, los medios de comunicación y los aspectos más singulares y particulares de la vida de cada ciudadano. Por ejemplo, en el documento denominado “Bases para la Intervención de las Fuerzas Armadas en el Proceso Nacional”, la dictadura declaraba como objetivo básico sostener la “vigencia de los valores de la moral cristiana, de la tradición nacional y de la dignidad de ser argentino”³.

Esta “orden”, que pretendía imponer una concepción del mundo, se encuentra vinculada con la constitución de lo que el escritor George Orwell imaginó en su novela *1984*: la existencia de un Ministerio de la Verdad. Pero, a diferencia de lo que ocurre en el relato literario, el régimen argentino no tenía una oficina burocrática que señalara su existencia; ni siquiera había un ladrillo con el que pudiera ser reconocido o situado. A pesar de ello, es posible identificar su funcionamiento. Se articuló a través de un sistema de propaganda intenso, guiado por un lenguaje metafórico simple pero eficaz, sostenido por una vigilancia omnipresente y acompañado por profundas transformaciones en el ámbito educativo.

Entre ellas analizaremos una que *a priori* puede parecer banal, aunque –como intentaremos mostrar– encierra significados políticos profundos que aún pueden influir, de manera inconsciente, en nuestras prácticas y en lo que enseñamos.

En el contexto mencionado y bajo el argumento de una necesaria modernización en la enseñanza de la biología, el régimen dictatorial implementó un conjunto de modificaciones curriculares destinadas a proponer una “nueva” perspectiva para el estudio de la vida en la Tierra; cambios que no solo implicaban un conocimiento distinto del mundo natural, sino que también llevaban implícita una cosmovisión acerca de cómo debía organizarse la vida social.

² Para esta caracterización, seguimos a Raymond Aron en *Democracia y Totalitarismo* (Página Indómita, 2017).

³ “Documentos básicos y bases políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional” (Buenos Aires, 1980, p. 13).



Massera, Videla y Agosti, miembros de la junta militar que gobernó la Argentina durante los primeros años de la dictadura instaurada el 24 de marzo de 1976.

Biología

En 1979, la editorial Plus Ultra publicó la primera edición de un volumen preparado para la enseñanza de la biología en la escuela media, materia novedosa que, gracias a la reforma curricular promovida por la dictadura, venía a reemplazar las formas anacrónicas de la botánica, la zoología o la anatomía y fisiología humanas. Este libro se consolidó como obra canónica, marcando la cadencia de cómo debía leerse la biología contemporánea en la escuela y, tal como veremos, no solo esa disciplina, sino también los valores y el sentido de toda una cultura. En el prólogo se declaraba:

Hasta la aparición de los nuevos programas de Biología, la enseñanza de estas ciencias de la naturaleza en la escuela secundaria se hacía de manera parcial y fragmentada. Las plantas, los animales, el cuerpo humano y la salud se presentaban en estos estudios como capítulos separados y distintos del mundo de los seres vivos. Dentro de cada uno de esos capítulos, a su vez, las partes de las plantas y de los animales se estudiaban también separadamente. La realidad biológica es otra; las plantas, los animales, el hombre y su salud forman una trama ricamente entrelazada y en estrecha dependencia con el medio que los rodea. Éste es el enfoque adoptado en esta obra, donde los seres vivos, por una parte y el ámbito donde nacen, se desarrollan, crecen y se multiplican, por la otra, se presentan como una totalidad integrada.

La nueva manera de encarar la enseñanza busca que el alumno aprenda Biología observando los seres vivos en su ambiente natural, mediante la realización de trabajos de campo, o en el aula, manteniéndolos vivos en acuarios y terrarios. (...) El alumno sólo podrá comprender el papel que cada ser vivo cumple dentro de la naturaleza estudiando la Biología con un enfoque ecológico. Este enfoque le permitirá interpretar cómo está estructurada la naturaleza, requisito indispensable para conocer, a su vez, los mecanismos productivos dentro del mundo viviente y el papel que el hombre puede jugar para conservar el equilibrio del mundo natural.

Los jóvenes estudiantes, con su mejor conocimiento de estos mecanismos, podrán ser parte activa en la preservación del ambiente ecológico, asegurando la supervivencia de la especie humana.⁴

Como afirmamos, esto no es solo el encabezamiento de un libro sobre biología ni únicamente la expresión de un posible enfoque para el estudio de la vida en la Tierra. Es un texto vinculado a los ideales sociales manifiestos de la dictadura, acordes con la perspectiva totalitaria que la caracterizó.

Lo que se propone de manera explícita es una descripción de lo dado –sean los ecosistemas, la fisiología o la diversidad– sin ninguna clase de planteo problemático, sin análisis histórico ni epistemológico. La mención a la evolución biológica es apenas una referencia a una historia que explica cómo se construyó el mundo biológico actual, fijado por “el equilibrio del mundo natural” y en el que existiría “un papel que cada ser vivo cumple”.

Equilibrio y roles que el hombre debe mantener y perpetuar, porque cualquier cambio que introduzca sería parte de un proceso degradativo que dificulta el despliegue de la vida. Entre este fijismo en las interacciones de los seres vivos y el conservadurismo de la vida política y cultural humana existe una clara línea de continuidad.

La biología del equilibrio ecológico, tal como se enuncia, no deja de ser un posicionamiento político que respalda la imposibilidad del cambio social en favor de la conservación de ciertas formas y relaciones que, en el caso de la dictadura, significaban la vigencia de “los valores de la moral cristiana, de la tradición nacional y de la dignidad de ser argentino”. Todo aquello que se alejase de esta perspectiva sería considerado “subversivo”, término que convertía en criminal cualquier ideal de reforma o renovación social. En última instancia, como “sucede” en la naturaleza, “hay un papel que cada uno debe cumplir”.

La perspectiva conservadora de carácter social derivada de estas interpretaciones sobre la ciencia ecológica no es originaria de la dictadura; sin embargo, en la Argentina se le debe a este régimen su introducción sistemática en la educación formal.

Para comprender mejor el vínculo entre cierta interpretación de la ecología y las formas totalitarias que clausuran el cambio social e imponen un mandato ético

⁴ Zarur, P. (1979). *Biología 1: Los organismos vivos y su ambiente*. Buenos Aires: Plus Ultra, p. 4.

sobre la vida personal de cada ciudadano, debemos reflexionar sobre las palabras de Luc Ferry acerca de lo que denomina “ecología profunda”:

El amor hacia la naturaleza, tal como la ecología profunda nos invita a practicarlo, va acompañado tanto entre los “reaccionarios” como entre los “progresistas”, de una cierta propensión a lamentar todo lo que en la cultura resulta de lo que aquí he llamado “el desarraigo” y que desde siempre la tradición de la Ilustración ha considerado como el signo de lo propiamente humano.⁵

Lejos de haber quedado congelada en el tiempo, la visión antihumanista derivada de la ecología profunda se ha revitalizado en las últimas décadas. Pero recordemos que los seres vivos sostienen su organización degradando el orden del medio que habitan, lo que no implica necesariamente un deterioro permanente de las condiciones que nutren su existencia. Esto obliga a entender que no existe un estado de equilibrio ideal ni sistemas de regulación permanentes. Parece más pertinente imaginar procesos de estabilización antes que situaciones de equilibrio fijo.

En relación con la problemática ambiental, el nivel de globalización en el que estamos inmersos es lo que vuelve singular a nuestra época. Los desafíos que enfrentamos son complejos y abarcan al planeta entero en un entramado sutil de utilización de recursos y contaminación que no reconoce fronteras.

Pero si pretendemos actuar con algún grado de eficacia frente a estos problemas, puede que debamos renunciar a las cosmovisiones animistas que atribuyen un sentido trascendente a la existencia del universo en general y del planeta Tierra en particular. Debemos ser cuidadosos al pensar que la naturaleza posee fines, porque entonces podríamos afirmar, por ejemplo, que la fotosíntesis que libera oxígeno fue “contaminante” en sus inicios, cuando provocó la extinción de casi todas las formas de vida microbiana anaerobia estricta. ¿No se trata, acaso, de una lectura teleológica que resulta absurda? ¿No implica otorgarle un sentido ético a la naturaleza misma?

Tal vez uno de los mayores aportes del darwinismo a la comprensión de la vida en la Tierra haya sido reconocer que el cambio biológico no se dirige hacia ningún punto final. Es contingente a ciertas condiciones: no avanza necesariamente hacia una mayor complejidad, ni hacia una diversidad creciente, ni hacia la preservación de una supuesta “Madre Tierra”.

La vida no se sostiene sobre ninguna intención finalista ni sobre la búsqueda de un equilibrio definitivo. Existen estados de mayor o menor estabilidad dados por el juego ciego de las fuerzas físicas y por las dinámicas de supervivencia y reproducción. Tarde o temprano, siempre habrá desplazamientos significativos en el estado de las cosas.

⁵ Ferry, L. (1994). *El nuevo orden ecológico. El árbol, el animal y el hombre*. Barcelona: Tusquets, p. 148.

Num. 18, – ISSN 2683-7129 (en línea)

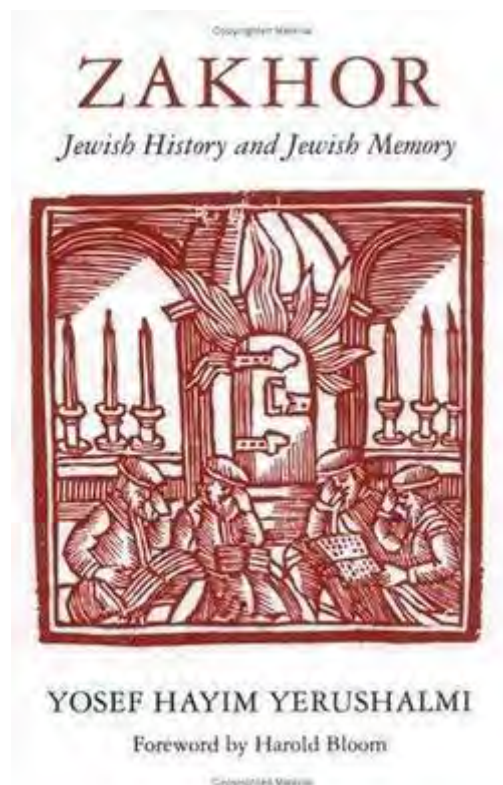
Los seres humanos, al tiempo que generan cambios, comprenden que deben sostener ciertas condiciones ambientales porque han modelado sus formas sociales y productivas en función de ellas. Preservarlas está vinculado a la subsistencia humana y no a un sentido metafísico inscrito en la naturaleza.

Tal como afirmamos, hoy enfrentamos problemas ambientales sumamente complejos, pero no se los aborda idealizando, despreciando o ignorando otras culturas, tampoco suponiendo que la naturaleza posee un sentido intrínseco.

Recalcamos que aquí no se niegan ni se banalizan los desafíos ambientales contemporáneos. Lo que se critica son ciertas formas de análisis ecológico que se presentan como indiscutibles y cristalizan metáforas sobre la naturaleza cuya función es servir de andamiaje a un pensamiento autoritario difícil de reconocer.

Instalada en la educación por la dictadura bajo una forma esencialista del equilibrio natural y como símbolo de un orden social regido por formas antidemocráticas, la enseñanza de la ecología progresó sin haber reconocido esta raíz persistente.

Sobre el pasado



Zakhor, del historiador Yosef Hayim Yerushalmi, es una lúcida reflexión sobre la tensión entre el mandato de recordar –la memoria del testigo y la de la tradición colectiva– y la disciplina moderna de la historia.

Lo que acabamos de analizar trasciende los límites disciplinares de la biología para revelar la supervivencia de lecturas e ideas de filiación totalitaria que, heredadas de la última dictadura militar, escapan a las consideraciones derivadas

de la construcción social del recuerdo. Por ello, destacamos el valor del trabajo histórico que indaga aquellos sucesos del ayer que la memoria colectiva suele pasar por alto. Pero esto no significa que la historia anule la memoria –la de las víctimas, la de los testigos y la de los contemporáneos–, más bien obliga a comprender su inevitable incompletitud.

Esta última apreciación nos conduce, como cierre de nuestras reflexiones, hacia el libro *Zajor* de Yosef Hayim Yerushalmi, quien, en un pasaje previo al de nuestro epígrafe, concluye:

La historiografía, seguiré insistiendo, no puede ser un sustituto de la memoria colectiva, ni muestra señales de crear una tradición alternativa capaz de ser compartida, pero la dignidad esencial de la vocación histórica permanece, y su imperativo moral me parece ahora más urgente que nunca. Pues, en el mundo en que vivimos, esto no es ya sólo cuestión del deterioro de la memoria colectiva y de la declinación de la conciencia del pasado, sino del agresivo saqueo de lo que queda de memoria, la distorsión deliberada del registro histórico, la invención de pasados mitológicos al servicio de los poderes de la oscuridad. Contra los agentes del olvido...⁶

Nota del autor sobre el diorama de la vida marina de Ediacara, imagen de la portada de este artículo:

La fauna de Ediacara es un conjunto fosilizado de organismos de cuerpo blando que vivieron durante una etapa temprana de la vida animal multicelular y se extinguieron hace aproximadamente 540 millones de años, antes de la llamada “explosión cámbrica”. Es en este último acontecimiento donde reconocemos el origen de formas muy diversas, dotadas de planes corporales característicos de la vida animal posterior. Los organismos representados en este diorama del Museo Nacional de Historia Natural del Instituto Smithsonian nos permiten ilustrar la ausencia de toda finalidad y de todo ideal de equilibrio en la historia de la vida sobre la Tierra.

⁶ Yerushalmi, Y. H. (2002). *Zajor. La historia judía y la memoria judía*. Barcelona: Anthropos, pp. 138-139.

Este artículo de la revista Scholé es producto del trabajo colaborativo entre los autores y los diferentes equipos de producción del ISEP.

Autoría: Eduardo Wolovelsky

Equipo de producción de la revista

Dirección: Laura Percaz

Producción de contenidos: Lila Far

Edición: Martín Schuliaquer

Diseño e ilustración: Facundo Fernández

Maquetación: Daniel Wolovelsky

Desarrollo web: Santiago Rubiolo

Coordinación de producción: Matías Pardo

Coordinación de infraestructura digital: Paula Fernández

Autoridades

Martín Llaryora | Gobernador

Myriam Prunotto | Vicegobernadora

Horacio Ademar Ferreyra | Ministro de Educación

Victoria Flores | Secretaria General de Ambiente, Economía Circular y Biocidadanía

Luis Sebastián Franchi | Secretario de Educación

Gabriela Cristina Peretti | Secretaria de Innovación, Desarrollo Profesional y Tecnologías en Educación

María Eugenia Rotondi | Directora General de Innovación Educativa

Nora Esther Bedano | Secretaria de Coordinación Territorial

Claudia Amelia Maine | Secretaria de Fortalecimiento Institucional y Educación Superior

Lucía Escalera | Subsecretaria de Administración

Equipo de gestión del ISEP

Adriana Fontana | Directora

Lucía Cugini | Secretaria Académica

Victoria Farina | Secretaria de Organización Institucional

Laura Percaz | Secretaria de Contenidos Educativos

Cómo citar este material

Wolovelsky, E. (2026). Medio siglo. El dolor de la historia o la persistencia de una metáfora. *Scholé* n.º 18. Para el Instituto Superior de Estudios Pedagógicos, Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba.

ISSN: 2683-7129

Este material está bajo una licencia Creative Commons ([CC BY-NC 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/))

